



Buenos Aires, septiembre de 2016

Circular N° 561

Para las almas radicadas en lugares distantes y allí donde no funcionan comunidades.

Amados hermanos y hermanas:

Compartimos a continuación el extracto de un Servicio Divino oficiado por el Apóstol Herman Ernst.

“Y sucedía que cuando alzaba Moisés su mano, Israel prevalecía; mas cuando él bajaba su mano, prevalecía Amalec. Y las manos de Moisés se cansaban; por lo que tomaron una piedra, y la pusieron debajo de él, y se sentó sobre ella; y Aarón y Hur sostenían sus manos, el uno de un lado y el otro de otro; así hubo en sus manos firmeza hasta que se puso el sol.”

(Éxodo 17:11-12)

Cada Servicio Divino es una oportunidad única que Dios nos da de estar ante de su presencia.

Dios, que es omnipresente, nos acompaña en cada uno de nuestros días, pero también es nuestra responsabilidad ver en qué ámbitos espirituales nos desenvolvemos. Hay límites que el amado Dios ha establecido: son los límites hasta donde nos otorga su bendición. Nosotros vamos tomando decisiones a lo largo de cada uno de nuestros días y en esa decisión es que asumimos traspasar dichos límites o quedarnos dentro de ellos, donde Dios nos ha dicho: aquí vas a contar con mi bendición y me podrás experimentar, dichos límites nos son reiterados en los Servicios Divinos.

Primeramente, obrar con amor, cumplimos ese gran mandamiento de amar al Señor con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con toda nuestra mente; en primer lugar, absolutamente en primer lugar, aún más que a nosotros mismos. Hace poco en un Servicio Divino a través del Espíritu el amado Dios nos decía: basta de tanto amor propio y más amor a nuestra alma, por amor al Señor pongamos todo nuestro corazón, toda nuestra alma y toda nuestra mente bajo su voluntad. El amor propio es cuando nos amamos tal como somos por nuestra condición humana nos justificamos y no asumimos que es necesario hacer cambios; así como somos, queremos seguir siendo. Sin darnos cuenta, aquel espíritu que llevó a los primeros hombres a pecar se ganó un lugar en nuestra alma, queremos ser como Dios, asumiendo que tal como estamos, “está todo bien”, y todo, de una u otra forma, tiene que avenirse a nuestras consideraciones.

Allí es donde pisamos los límites de la bendición, y es cuando, si seguimos avanzando en esa dirección, el amado Dios nos dice: “No, así no te puedo bendecir. Porque estás sirviendo a otros espíritus. Yo te respeto, te doy libre voluntad” pero lo que vive en ti no puede ser bendecido.

Por ese amor propio que los hombres tenemos, consideramos que amar al prójimo, aún a Dios es un signo de debilidad. En primera instancia no lo tomamos así; pero cuando estamos en la batalla diaria, en el diario vivir, muchas veces endurecemos el corazón y es una coraza. ¿Esto por qué? ¿No será porque nos falta quizás un poco de confianza? ¿No será porque olvidamos nuestra condición de hijos de Dios y de portadores del Espíritu Santo, para vivir igual que la mayoría, quedando en una lucha de igual a igual con los espíritus de este mundo? Cuando en realidad tenemos un envío divino, para luchar contra el

Iglesia Nueva Apostólica Sud América



mal, contra sus consecuencias, las múltiples formas del pecado y contra su consecuencia, que es la muerte eterna. Así es que, si no asumimos con empeño esta tarea, este envío, vamos sobreviviendo nuestro día a día y nuestra mirada se circunscribe a lo inmediato, dejando de mirar desde la perspectiva divina, la de la vida eterna, y nos encontramos con una vida vacía, sin expectativas y carente de amor.

Dios nos conoce más que nosotros mismos, nos muestra nuestra debilidad y nos deja ver: ¡qué distraído que estaba! ¡Cómo tengo que ocuparme de mi vida de fe!, de esta lucha contra mal y sus consecuencias, el pecado y la muerte.

En este hecho que hemos leído, sobre la batalla contra los amalecitas, vemos reflejada por un lado nuestra lucha íntima, nuestra lucha personal. El amado Dios le había mostrado e indicado a su pueblo que dejara Egipto, que Él los iba a acompañar. De camino hacia la tierra prometida, se encontraron con varios pueblos contra los que tuvieron que luchar. Uno de ellos era el de los amalecitas. El Señor nos eligió como su pueblo para alejarnos del mal, del pecado y su consecuencia, la muerte, Jesús nos ha prometido que estaría todos los días con nosotros, y en nuestra vida cotidiana debemos confrontar diferentes “pueblos”, espíritus contra los que tenemos que batallar. Es nuestra decisión, luchar o no, a veces empezamos a dar vueltas. ¿Cuántas decisiones vamos posponiendo en nuestra vida espiritual? Por ejemplo, darle un poco más de mi amor, de mi corazón al amado Dios, entregarme un poco más porque yo sé que puedo, pero, sin embargo, me limito a mi “zona de confort” espiritual. Parecería que hay tantas ocupaciones o cosas que finalmente resultan tan importantes como mi vínculo y mi compromiso con el Señor. Cuántas decisiones voy posponiendo cuando sé que tengo que ir a pedirle perdón a mi hermano, mi hermana, o a mi vecino, porque no obré como Dios esperaba de mí. Cuántas decisiones pospongo, cuando sé que tengo una responsabilidad también, que tengo que ser yo quien perdone, y sin embargo lo pospongo, doy vueltas, lo mantengo un tanto alejado, dejando que sufra un poquito más, así para que vea lo que me hizo pasar”. Estas son batallas que tenemos que librar en nuestra alma, estos son los enemigos que se presentan delante nuestro, y los tenemos que enfrentar como el pueblo de Israel a los amalecitas.

Con el envío de Dios, Moisés le dijo a Josué (Ex 17:9):

Y dijo Moisés a Josué: Escógenos varones, y sal a pelear contra Amalec; mañana yo estaré sobre la cumbre del collado, y la vara de Dios en mi mano.

Debemos tener presente que Dios nos da todo lo necesario para vencer, la vara que tendría Moisés en su mano durante la lucha, le acompañaba desde que Dios le encomendó la tarea de conducir a su pueblo:

“Entonces Moisés respondió diciendo: He aquí que ellos no me creerán, ni oirán mi voz; porque dirán: No te ha aparecido Jehová. Y Jehová dijo: ¿Qué es eso que tienes en tu mano? Y él respondió: Una vara. Él le dijo: Echala en tierra. Y él la echó en tierra, y se hizo una culebra; y Moisés huía de ella. Entonces dijo Jehová a Moisés: Extiende tu mano, y tómala por la cola. Y él extendió su mano, y la tomó, y se volvió vara en su mano.”

El amado Dios nos dio libre voluntad, podemos comparar la vara de Moisés con nuestro espíritu humano, siendo cuerpo, alma y espíritu disponemos de ellos libremente. En el caso de nuestro espíritu, si como a esa vara lo echamos en tierra, es decir, si queremos vivir en función de los valores de este mundo, nuestro propio espíritu humano se convierte en algo que nos va a dañar, como la vara convertida en serpiente se vuelve contra nosotros. Porque el hombre vive en concupiscencia, quiere prevalecer sobre el prójimo y no amarlo como a sí mismo, asume que su libertad lo habilita a vivir alejado de Dios sin consecuencias,



olvidándose que Él es la vida eterna y todo lo demás conduce más acá o más allá a sufrimiento y destrucción.

Dios nos ha dado esa vara que hasta su intervención como en el caso de Moisés, era solo una vara (nuestro espíritu) pero con la potestad que nos da al recibir el sello de la infancia divina, podemos vencer. Porque, ¿qué pasó con aquella vara de Moisés? Fue la que luego el Señor le dijo que la tomara y extendiera sobre el Mar Rojo y se abrieron las aguas. Por el sacrificio de nuestro Señor Jesucristo se abrió la posibilidad de ser reconciliados con Dios. En nuestro caso, humanamente veíamos todo mal; un ejército de pensamientos, tribulaciones, luchas, pecado persiguiéndonos a nuestras espaldas, y el mar allí delante, la impotencia del ser humano, ¿cómo podríamos, en este mundo lleno de egoísmo y de tanta ambición, de tanta frialdad en el corazón, tener verdadera paz y auténtico gozo? ¿Cuál sería nuestro fin? Comprendimos que reconciliándonos con Dios podríamos aspirar a una vida y gloria eterna, y en nuestro paso por la tierra una vida plena y feliz. El Señor nos abrió las aguas de la impotencia humana a través del renacimiento por agua y Espíritu, y con ello nos dio la potestad, con el don del Espíritu Santo en nuestra alma todos aquellos espíritus que nos amenazaban y perseguían, todas aquellas amenazas perecen en el mar de la gracia, no prevalecen.

Ahora, reconciliados con Dios debemos tener cuidado. El pueblo tras pasar el Mar Rojo sin siquiera mojarse los pies, decía que el maná era un alimento muy liviano, y que estaban fastidiados de ese pan. En algún momento podríamos sentir que la palabra es un “pan liviano” si la analizamos humanamente, allí nuestro espíritu es “una simple vara” sin embargo, si ponemos la palabra en el lugar que corresponde de nuestro corazón, en el primer lugar, nuestro espíritu se vuelve poderoso, veamos qué lugar le damos a la manifestación divina, porque ese pan liviano es el que les permitió pasar por el desierto, era el alimento ideal para que el pueblo pudiera seguir avanzando. A veces pensamos: “el Pastor es así, el otro siervo aquello” y menospreciamos el valor de lo que Dios dice a través de ellos.

En otro momento el Señor le dijo a Moisés que tocara la peña e hizo que brotara agua de ella. Es con ese don del Espíritu Santo, con esa santificación del espíritu humano, como hijos de Dios que su palabra divina es “lámpara a nuestros pies, lumbrera a nuestro camino” y cuando estamos frente al altar sentimos que no estamos escuchando hablar de Dios: ¡estamos escuchando hablar a Dios! es el agua de vida que fluye, nuestra alma se renueva, se fortalece y adquiere todo lo necesario para salir adelante en el camino. Estas son las maravillas, el poder es de Dios y bajo su manifestación nos hace libres, y poderosos.

Ese pueblo que estaba luchando sabía que estaba Moisés allí; miraba y veía la vara en su mano. Nosotros, cuando estemos en el campo de batalla, viendo qué decisión tomamos, qué hacemos, qué podemos hacer, que podamos acordarnos que Dios santificó nuestro espíritu y busquemos allí, a través de la oración y el vínculo con nuestro Padre la respuesta divina, tengámoslo presente para que no se vuelvan como una serpiente, en contra nuestro, las decisiones que debemos tomar. Porque cuando dejo que prevalezca el espíritu humano, es como expresaba el Apóstol Pablo: “No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago” (Ro 7:19), perdemos libertad y poder.

En nuestra vida, es la fe la que nos permite tener confianza. En 1 Juan 5:4 dice:

“Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo...”

Allí está la vara. Allí está la santificación de nuestro espíritu como hijos de Dios. Todo lo que es nacido de Dios vence al mundo. Y “si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?” (Ro 8:31).

Ante esa guerra, ante esa lucha, esa batalla que tengo delante, cuando tengo la oportunidad de obrar como Dios espera y en las decisiones que tengo que tomar, ¿me acuerdo de esto?



De que si obro como Dios espera, Él me va a bendecir y va a permitir que todo sea para alegría, para gozo. Aunque quizás en la primera instancia venga un revés. “Fui a pedir el perdón, después de tanto tiempo, ¿y qué me dijo? Me respondió mal, me ofendió”. Sin embargo, por ese amor a Dios, lo hago. Porque es esa la potestad que vence al mundo.

Tenemos absoluta certeza de nuestro llamamiento como hijos de Dios, desde antes de fundar el mundo, desde la eternidad, eligió a nuestra alma para que fuéramos sus hijos en este tiempo final. Que, como tales, podamos llevar muchos frutos, esos frutos del Espíritu Santo que menciona en Gálatas 5:22: benignidad, bondad, fe, amor, mansedumbre. Tienen que crecer en nosotros, porque hemos sido llamados para ser diferentes, porque tenemos esa potestad que nos ha dado el amado Dios. Creemos en nuestro Señor Jesucristo, que Él venció la muerte. Cuando se presentó a los discípulos, resucitado, les dijo: “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra” (Mt 28:18). Les pidió “haced discípulos a todas las naciones” y también les dijo “yo estoy con vosotros todos los días con vosotros, hasta el fin del mundo”. Esa potestad que le ha sido dada al Señor es la que emana hacia nosotros. Y Él ha colocado Apóstoles para que conduzcan su Iglesia y la lleven a la terminación. Ahora miramos desde otra perspectiva: desde la perspectiva de la Obra de Dios. Sabemos que Dios en el apostolado ha colocado esa vara que es la de la revelación. Que los embajadores de Cristo tienen el poder de manifestarnos la voluntad divina y mostrarnos con claridad lo que pasa por nuestras almas y advertirnos de los peligros que nos acechan. Y somos nosotros los que, como Aarón, tenemos que sostener sus manos. Para prevalecer sobre el mal, para que la Obra de Dios avance y para que la novia de Cristo se prepare. El apostolado, los Apóstoles, no son llamados a conseguir cada vez más fieles y ser más, que seamos una multitud, son llamados para preparar verdaderos discípulos de nuestro Señor Jesucristo, y tantos como sea posible. Y es tarea de cada uno estar en ese “campo de batalla” donde la Obra de Dios, erigida en el mundo, va luchando contra el pecado, contra el mal, contra la muerte eterna.

Es ese nuestro llamamiento, es esa nuestra misión.

Cuando nos identificamos y vivimos como cristianos nuevoapostólicos, hijos de Dios, portadores del don del Espíritu Santo, nos sentimos involucrados, ¡somos protagonistas dentro del plan de salvación de Dios! Y no nos quedemos con esa sensación de que soy realmente único, de que Dios vio mi alma desde antes de la fundación del mundo y me eligió como su hijo y por tanto pensamos en una exclusividad, sino que soy una parte de la novia de Cristo y me llamó para una misión, ser uno con cada uno de mis hermanos, ocuparme de ello. ¿Qué más hermoso que poder servir? ¿Qué más hermoso que poder brindar amor? Servir es lo más hermoso, cuando es por amor. Servir a Dios y servir al prójimo, brindarse, es la herramienta más eficiente en esa lucha que tenemos que contra los espíritus de la temporalidad, la justificación, en cambio, es como esa vara convertida en serpiente de la que Moisés huía, al justificarnos huimos de nosotros mismos, como él lo hizo por indicación de Dios al tomarla por la cola y que se convirtiera nuevamente en la vara, procedamos al arrepentimiento y busquemos la justificación de nuestro Padre celestial en el perdón y la Santa Cena, y volveremos a tener esa potestad contra los espíritus y el pecado.

Tengamos la certeza de que el mismo Dios que está todos los días con nosotros a través de nuestro Señor Jesucristo, que quiere que vivamos santificadamente y que a su vez respeta nuestra libre voluntad, es el que quiere que seamos uno solo en Él eternamente.

Esta lucha no es solamente acá en la tierra, es en todos los ámbitos. Quienes han partido a la eternidad no obran, no siguen pecando, pero todos esos espíritus que estaban en el alma en el último instante que estuvieron en la tierra, permanecieron en el más allá. Y hay que ir ganando terreno en la propia alma, hay que ir quitando cosas. Por eso participan de la



palabra, del perdón de los pecados y de la Santa Cena en cada Servicio Divino dominical donde activa el Apóstol de Distrito.

Y en ese preparar el terreno del alma, quisiéramos llegar al día de todos los días siendo dominadores de nuestro propio territorio, de nuestra propia alma, haciendo uso de esa vara que tiene tanto poder, mirando como hijos de Dios hacia dónde está aquel nos lleva con seguridad hacia esa meta. No tengamos miedo. Lo que falte Dios lo va a dar, pero primero tenemos que luchar con todas nuestras fuerzas, con todo nuestro ser y haciendo uso de toda nuestra potestad. A veces dejamos esa vara, esa potestad del hijo de Dios a un lado y decimos: yo voy a resolver mis cosas por mí mismo. No renunciemos a ella y vivamos cada día santificadamente, dentro de esos límites, para que el amado Dios pueda bendecirnos.

* * *